

rencos, haciéndolo servir de blanco á sus tiros. Los hombres perversos y violentos de aquella época se esforzaban también en sacar partido de la plebe, fomentando su cólera y emponzoñando aun más la hiel que desde largo tiempo tenia acumulada en su corazón. A consecuencia de esto se hizo cundir la voz en las provincias de que numerosas turbas de hombres armados se acercaban por varios puntos con objeto de saquearlo todo y de talar las mieses; por lo cual los habitantes del campo se prepararon á la defensa. Las turbas no llegaron, pero Francia se encontró toda sobre las armas y en la situación de pelear. Fué entonces cuando la insurrección tomó alas. Los distritos y las corporaciones siguen las huellas de la capital; por do quiera se agitan las discusiones, por do quiera se entablan deliberaciones, por do

te á los ricos ser poderosos, á los pobres ser holgazanes, á los que gobiernan ser ignorantes.

Los hipócritas cuando balbucean la palabra constitución, entienden hablar siempre de una constitución anárquica.

"En resumen: los delitos de la revolución francesa han sido la obra del oro que el extranjero ha vertido á manos llenas, y de los malvados que, con su carácter cruel y ávido, se han opuesto á una regeneración que podía haberse verificado sin la intervención de alcaldes y verdugos. Todo depende del hombre, porque finalmente, la ley escrita no es más que un trozo de pergamino; los malvados pervierten las mejores leyes, mientras que los buenos suavizan las peores, todo consiste en la ejecución. Pero los *Caines* de sus hermanos llevan la infamia estampada en la frente." *L'an deux mille quatre cent quarante. Réve s'il en fût jamais; suivi de l'homme de fers, songe. Par L. S. Mercier, tom. premier, discours préliminaire, Paris, An. VII.*

El señor Mercier era hombre virtuoso y de talentos muy elevados, pero sus pensamientos tenían toda la exaltación democrática, por lo que nosotros, que estamos muy ajenos de profesar principios vagos y vaporosos, aun cuando se derivan de un corazón recto, hemos suprimido de su discurso preliminar todo lo que puede parecer importuno á los políticos timoratos y á los hombres del buen orden, entre los cuales queremos colocarnos. Sin embargo, no dejaremos de notar un hecho histórico que forma parte de aquel discurso, no tan solo por su importancia, sino también porque lo han pasado por alto casi todos los escritores que han hablado de la revolución francesa de 1789. Nota, pues, el señor Mercier que el espíritu republicano que se manifestó en Francia en aquella circunstancia, no era enteramente nuevo é insinuado como quisieron dar á entender los escritores de la época, porque en el año de 1621 el partido protestante habia hecho penetrar en la *Rochelle* el plan de un nuevo gobierno republicano, con fecha 10 de Mayo. Según este plan, todo el reino debia dividirse en diez círculos, y el duque de Bouillon debia ser el comandante general de los ejércitos.

[Nota del traductor.]

quiera se asesina, se pega fuego á los castillos, se degüella á los aristócratas y á los sospechosos, sujetándolos á atroces suplicios, y á algunos de ellos se les hace morir ahogados, al paso que los cadáveres de otros sirven de alimento á los asesinos: ¡dichosos aquellos que en circunstancias tan terribles eran enviados á llenar los calabozos de la capital!

La plebe cierra sus oídos á toda clase de consejos moderados, y los detesta creyendo que aquella moderación era un retroceso hácia el despotismo; y clamaba en alta voz: *á la horca*. De vez en cuando se presentaba en la asamblea algun mensaje que se esplucaba en terminos semejantes al que vamos á referir. "La asamblea patriótica del Palacio Real tiene la honrosa satisfacción de comunicar á los señores, que si la facción aristocrática que se compone del clero, de los nobles y de ciento veinte ciudadanos (miembros de la municipalidad) ignorantes y sobornados, se obstina en alterar la armonía que reina entre las demas clases del pueblo, están ya preparados hasta un millar de hombres para prender fuego á sus casas y castillos." Así es, que una plebe furiosa y armada habia adquirido preponderancia puesta frente á frente con la inesperienza, con la palabrería legislativa y con los discursos vagos, abstractos y metafísicos de una asamblea que experimentaba ya la inconstancia en las oscilaciones de un poder que no se apoyaba en ninguna tradición; por lo que una revolución que debia ser patrimonio de los pensadores se convertia en revolución de las chusmas plebeyas. ¡Era dable hacerla caminar de frente con una constitución libre!

En tanto la hacienda iba de mal en peor, porque la plebe cree que la libertad consiste en no pagar nada. Para poner en armas á un pueblo entero y mantenerlo, habia sido menester agotar el tesoro público, y además se habia rebajado el precio de la sal en un tiempo en que el tesoro estaba exhausto por la pérdida de otras rentas; se hallaba, pues, en graves apuros y precisado á contraer un empréstito de ochenta millones de francos, pero no se encontraba quien quisiera prestarlos, porque la desconfianza hácia aquel gobierno era general. Entonces Necker propuso como remedio una imposición que consistía en abonar al gobierno una cuarta parte de las rentas de los particulares, lo que se creyó una maquinación; pero Mirabeau, á pesar de la enemistad que mediaba entre él y Necker tuvo bastante fuerza para que la asamblea la aprobara.

En tanta agitación, no debe causar maravilla que se quisiese obligar á la corte á abandonar una ciudad reducida [Versalles] en donde no tenia mas comitiva que sus servidores, para trasladarla á las Tullerías, deshabitadas hacia ya un siglo, y en medio del pueblo. Un motin de mujeres, no sabemos si verdaderas ó disfrazadas (5 de Octubre de 1789), motin que no tenia nada que ver con las ideas sagradas de patriotismo y libertad,

se introdujo en las casas consistoriales y desde allí partió á Versalles, á donde fué llevado Lafayette por la guardia nacional á pesar suyo, pero llegó oportunamente para poner en salvo á la corte; la regia morada fué, sin embargo, invadida con derramamiento de sangre, y el monarca empeñó su palabra de que marcharía á Paris, y así lo ejecutó. Durante el tránsito fué precedido de aquellas turbas victoriosas que llevaban en la punta de sus picas cabezas chorreando sangre, y de mujeres perdidas que voceaban en descompasados gritos. Llegado Luis al palacio municipal, pronunció temblando estas pocas palabras: "Vuelvo con entera confianza en medio de mis parisienses."

MIRABEAU Y BARNAVE.—REALISTAS Y REPUBLICANOS.—LA CONSTITUCION DE 1791.

En vista del resultado de aquellos acontecimientos tan extraordinarios, que habian trasformado un pueblo liberal en anárquico, y conociendo que la sociedad civil, en vez de ser impulsada hácia el progreso se habia enfurecido contra la sociedad doméstica y los nobles, un crecido número de diputados presentaron su dimisión, y muchos aristócratas emigraron, dominados por el pensamiento de organizar una contrarrevolución; pero el monarca, abandonado por estos últimos, tenia en su apoyo á los propietarios, que lo reconocian indispensable para su seguridad. Mirabeau, en quien podemos decir se personificaba la primera asamblea, aunque desde un principio habia trasmitido un gran impulso al movimiento de las masas, y sostenido que era menester participar al pueblo todas las deliberaciones de la misma asamblea, sin tomar en consideración que la conveniencia y el buen orden pudieran oponerse á semejante resolución [1], invocaba ahora medidas contra los sediciosos, y manifestando sentimientos respetuosos y compasivos en favor de Luis, le prodigaba elogios deplorando su suerte, y diciendo que sus extravíos eran un producto de los engaños que le tramaban sus ministros [2]. A consecuencia del desprecio en que tenia á los hombres, no se empeñó jamás en inspirar afecto, creyendo que podia imponer á los oyentes con sus palabras, infundiéndoles terror y admiración; no pensó, pues, en granjearse la opinión pública, sino en hacer adoptar la suya, ya encendiéndose en ira, ya sosteniendo paradojas, ya acometiendo con las armas del sarcasmo. Si elogiaba al monarca, sus palabras no dejaban por esto de tener todo el carácter de las de un tribuno popular; se mostraba muy adverso al movimiento de las turbas, pero tan solo cuando no lo habia promovido; pretendia ser cabeza del Estado, pero sin poner freno á su desordenada conducta;

aborreca á los tronos, pero la república le infundia miedo, porque estaba persuadido que no condescenderia con sus estragadas costumbres, y finalmente, tenia el artificio de dar un aspecto heroico á sus bajezas, tomando siempre una actitud imponente y altiva. Evocando las sombras de los varones mas ilustres de la antigüedad y comparándose incesantemente con ellos, embriagó la imaginación del pueblo hasta el punto de hacerse creer semejante á aquellos: su fanatismo era enteramente humano; toda su conciencia se reducía á cálculos muy astutos, en que tenia parte tan solo la cabeza; sus aspiraciones eran enteramente materiales, sus acciones no tenían mas resortes que el orgullo y el egoismo, y á pesar de que era representante del tercer Estado, no supo jamás renunciar á la vanidad de su título de conde (1), y no dejaba de recordar á cada paso su noble alcurnia y su ilustre parentela. Abogó en la tribuna en favor de la igualdad, pero no poseyó ni las grandes virtudes, ni aquella fuerza de energía moral, que son tan necesarias para amarla; irguió su cabeza mas que ninguno y dominó todos los partidos, pero éstos le aborrecían por esta misma razón; todos deseaban con anhelo poderlo contar entre los suyos, considerando que estaba en sus manos perderlos ó prestarles importantes servicios; pero Mirabeau, sin declararse abiertamente de un partido ni de otro, entraba en negociaciones con todos ellos.

Su objeto siempre constante é invariable fué minar las bases del despotismo y apoyar la monarquía; cortar las alas á la arbitrariedad y afirmar la libertad; anular los privilegios y garantizar las propiedades; consolidar los cimientos de la libertad en la asamblea; dejar al gobierno la fuerza necesaria para dar toda la iniciativa posible, y curar [como solia espresarse] á Francia de la superstición monárquica, para inspirarle mas bien el culto debido á aquella forma de gobierno. En su ensayo sobre el despotismo habia consignado ya estas palabras: "en el trascurso de cuatro siglos no vienen al mundo cuatro personas bastante hábiles para conocer hasta dónde puedan estenderse las innovaciones; de lo que podemos decir en consecuencia, que las reformas é innovaciones constitutivas son siempre por su índole muy delicadas y frecuentemente peligrosas." Y en 1789 añadia: "en las asambleas abogaré celosamente en favor del gobierno monárquico, porque tengo la profunda convicción de que es preciso inmolar el despotismo ministerial y dar real-

[1] Mr. de Monnier nota con especialidad en la vida del conde de Mirabeau, que su orgullo aristocrático, á pesar de que hacia alarde de popularidad en la asamblea, no le abandonó jamás en su mismo hogar doméstico; pues no permitió nunca á sus criados que le llamasen con otro nombre sino con el de "Señor Conde."

[Nota del traductor].

[1] Troisième lettre du comte de Mirabeau á ses commettants.

(2) Moniteur, séance du 27 Juin 1789.

ce al trono." Era, pues, su pensamiento restablecer la monarquía en todo su lustre, dándole por base una constitución; pero conoció desde luego lo escabroso de aquella empresa por las dificultades que ofrecía la situación; y al día siguiente de haberse constituido la cámara en asamblea nacional, consignaba estas palabras en una carta particular: "la nación no ha llegado todavía á su madurez: la mucha impericia que raya hasta el esceso; el desorden espantoso del gobierno, han dado pábulo á la revolución."

En los cálculos de su política tenían también mucha parte pasiones abyectas como la avaricia y la ambición. Si los aristócratas no le hubiesen rechazado de su seno, habría sido tal vez su mejor apoyo; pero si la altivez de la clase aristocrática le incomodaba, la dictadura del populacho le causaba tedio; por lo que exclamaba: "Si, es menester acabar de una vez con esta canalla, que por engrosarse pregona á cada paso la soberanía popular. Pondremos coto á su desenfreno. ¡Insensatos! ¡Ignoran acaso que en Francia no es posible consolidar la libertad destruyendo el trono!"

Estas palabras del conde de Mirabeau estaban en armonía con la fuerza de su carácter, siempre pronto á tomar una actitud de resistencia contra el torbellino de las masas. Una vez la plebe, acosada por el hambre, se introdujo en la asamblea, clamando en descompasadas voces: ¡pan! ¡pan! y prorumpiendo en elogios en favor de Mirabeau; pero éste, sin entretenerse en lisonjear sus furres, dirigió su palabra al presidente, y lo escitó á que obligara á la multitud á respetar debidamente aquel lugar, y á ordenar á los facciosos que lo evacuaran. Despues, volviendo su vista hácia ellos, dijo con voz atonadora: "Nadie tiene autoridad para imponer órdenes á la asamblea, ni ésta las recibe; despejad este lugar en nombre de la ley, ó la asamblea hará desocupar las tribunas." El populacho entonces prorumpió en vivas á Mirabeau.

Un día, verificando su vuelta á Paris, mientras la asamblea se ocupaba en discutir si debía concederse el veto al monarca, la plebe, tan luego como lo conoció, fué á desenganchar los caballos de su coche, y tirando de la lanza, prorumpió en gritos, diciendo: "Conde de Mirabeau [tan solo á él habia quedado el título, que todos los demas habian perdido], vois sois el padre del pueblo, vos debeis conducirnos al puerto de salvacion, vos debeis escudarnos contra esos miserables, que quieren arrojarnos en brazos del despotismo. Si el monarca logra el veto, la asamblea nacional se convertirá en un cuerpo inerte: lo perderemos todo, volveremos á la esclavitud." Mirabeau, sin empeñar su honor, no hizo mas que repetir estas palabras: "Veremos, se hará." Pero habiendo llegado á la asamblea sostuvo el veto en sentido absoluto.

La concesion absoluta del veto, á saber,

del derecho al monarca de impedir las resoluciones de la asamblea, infundía odio contra la monarquía, porque la privaba de la facultad de hacer proposiciones ventajosas para el bien público, al paso que la ponía en la situación de contrarrestar la ejecución de lo que decretara la asamblea, y así como ésta disfrutaba del aura popular mas que el trono, este último se encontraba en el duro trance de deber pelear contra todos los motines de la plebe, pronta á sublevarse cuando se trata de cualquiera especie de prohibición. Mirabeau pretendía á toda costa que se decretara el veto absoluto, y en un arrebato de cólera, dijo: "Hombres que os dejais llevar de vuestro frenesí, ¡podrías hacer algo peor, si hubiéseis pronunciado el juramento de anonadar la libertad!" Mirabeau no consiguió el triunfo de su opinion, pero sus esfuerzos para lograrlo llamaron la atención de la corte por haberse ésta convencido de que tan eminente orador en su calidad de hombre de estado, tenia fuerza bastante para comprimir las exageraciones primitivas y propias de un tribuno. Pero la corte por su desdicha prolongaba tanto sus resoluciones, que acudia siempre demasiado tarde.

Sin embargo, es de notar que Mirabeau, á pesar de que tenia un supremo dominio en las tribunas con respecto á los espectadores, carecia de partidarios entre los diputados, y aunque supo granjearse las voluntades de Sièyes y de Chapelier, tenia por enemigos tanto á los parciales del antiguo trono, como á los precusores de la república. Sus adversarios pusieron en juego todos los medios para perderle, atacándole primero en juicio y luego arrojándole el guante; pero Mirabeau no admitió nunca sus desafíos; y no queremos pasar por alto que las fanfarronadas de esos hombres abyectos no llegaron á hacerle tachar de cobarde (1). *No hay cosa,*

[1] Sucedió repetidas veces acudir en la asamblea al mismo método adoptado por Mirabeau, á fin de desembarazarse de las personas mas tímidas, y finalmente se propuso que se considerasen como asesinos los provocadores. Barnave, que se habia visto obligado frecuentemente á admitir desafíos, dijo en la tribuna: "el remedio mas á propósito de prevenir las venganzas personales y desarmar á los ciudadanos que se arrojan unos contra otros, es tan solo el de invocar la ley contra estos individuos. Sujétense á castigo las injurias, y desde luego desaparecerán [a]."

[a] Con respecto á Mirabeau, diremos que nadie podia culparle de cobarde, si no aceptaba un desafío intimado por alguno de los miembros de la asamblea, porque antes de ser representante del pueblo habia dado pruebas inequívocas de su valor, tanto sirviendo de cadete en Córcega, como en otras circunstancias particulares. De suerte que todos le daban la razon cuando decía, que era una insensatez arriesgar su buena cabeza para romper una destornillada. Con este motivo queremos referir una anécdota conocida de

decía, de que mas abunde el mundo que de espadachines; pero seria una tarea ridícula poner en peligro mi buena cabeza para tener el gusto de romper otra destornillada.

La envidia que toma siempre por blanco lo que hay de mas noble y apreciable, quiso atacarle en su calidad de orador. Fué entonces cuando se dijo de palabra y por escrito, que sus discursos no eran un producto de su imaginación. Asercion ridícula y que puede compararse á la de un hombre que se le culpara de plagio, porque ha comprado de otro el carbon que únicamente él ha sabido encender, y mas necia aun aparecía la espuesta asercion, si se nota que el poder de Mirabeau no consistía principalmente en sus discursos escritos, sino en el uso magnífico que hacia de la palabra. En sus arrebatos de cólera su inspiración rayaba en lo sublime y tenia algo de virtuoso; su elocuencia sorprendía y entusiasmaba á sus oyentes: y Mirabeau mismo exclamaba: *Si esta elocuencia es tan solo la que conviene á estos siglos de corrupcion, no sé qué sea este don del cielo tan peregrino y magnífico.* Cuando se le atacaba en su vida anterior, bajaba la cabeza como aquel que sabe haberlo merecido, y se lamentaba de que sus culpas impidieran que se uniesen á él los hombres mas ilustrados de la revolución. Ya desde el principio habia dicho: *¡Cuánto mal están causando á Francia los estravios de mis verdes años!* Y luego al fin dijo: *¡Ah! si yo me hubiese presentado en la revolución con una fama semejante á la de Malesherbes, ¡qué suerte habria asegurado mi patria!* (1) Ténganlo en

pocos, que está consignada en una coleccion de anécdotas sobre Napoleon y su vida privada, obra muy distinta de la que generalmente se conoce. Léese en ella que Napoleon, pocos meses despues de haber salido del colegio militar, fué desafiado por uno de sus compañeros, y que no quiso de ninguna manera admitir el duelo. El hecho, sabido por otros, fué interpretado de diverso modo: algunos lo atribuyeron á cobardía; otros á un noble sentimiento de amor propio. Por lo que parece, estos últimos ganaron el pleito, pues nadie ignora las pruebas de valor que dió Napoleon mas adelante. De todo lo dicho podemos sacar en consecuencia, que el acto del desafío no es nunca una verdadera prueba de valor individual, y que los hombres destinados á emplear sus luces en bien del Estado, ó que tienen un gran sentimiento de nobleza en sí mismos, pueden no admitirlo sin deshonra.

[Nota del traductor.]

(1) Estas palabras del conde de Mirabeau nos dan á conocer cuán verdadera y grande es en sí misma la idea de la virtud, y que los hombres mas estraviados de la buena senda, no dejan de conocer los perjuicios que lleva en pos de sí una mala reputación. El que dijo que todas las acciones humanas eran iguales é indiferentes, profirió un absurdo desmentido por la experiencia. Pero el conde de Mirabeau, á pesar de que conoció esta verdad y deseaba reconquistar en

tendido los teóricos que suponen que basta á un hombre de Estado astucia y osadía, y se rien cuando se habla de la moral.

Mirabeau, pues, grande orador, grande hombre de Estado para los unos; aristócrata ó demagogo para los otros; Erostrato del edificio social, vil desertor de la causa del pueblo, se le tachaba de venal y voluble porque ya se inclinaba á la opinion de los unos, ya á la de otros, ora á la de ninguno, y nadie reparaba que su constancia consistía precisamente en no someter las cosas á consideraciones de personas.

De todas sus faltas formaban sus enemigos una base para elevar sobre ella á Barnave (1). Este, que á la edad de veintisiete años habia sido enviado á la asamblea como diputado por Grenoble, en breve se hizo notar entre los mas ardientes enemigos de la corte. Las instituciones liberales que habia estudiado en la constitucion inglesa embriagaron su cabeza; y su celo llevado al estre-

parte, ya que no lo podia en todo, la reputación de hombre virtuoso, no supo nunca retraerse del vicio. En efecto, hallamos consignado en todas las obras que hablan de este ilustre personaje, que pasó en deshonestas orgías la noche anterior á su última enfermedad. Creyendo que la alegría pudiera restaurar sus fuerzas, fué á buscar algunas bailarinas de la ópera que trataba con demasiada intimidación, y estuvo con ellas desde las ocho de la noche hasta las tres de la madrugada; pero las fuerzas le abandonaban ya, y su cuerpo quebrantado que se preparaba al eterno sueño, no le permitió entretenerse mas tiempo en la impúdica orgía. Mirabeau, pues, se trasladó á su casa, en donde fué obligado á entrar en el lecho, pasando al cabo de dos dias al féretro.

Los últimos instantes de su vida política son muy importantes, pero formarán el objeto de otra nota, porque tienen pormenores que no son propios de este lugar, y porque no queremos anticiparnos á la narración de los hechos de esta historia.

[Nota del traductor.]

[1] Barnave no podia compararse de ninguna manera, ni por sus talentos medianos, ni por su elocuencia, ni por sus conocimientos, ni por la firmeza de su carácter, con el conde de Mirabeau. Sin embargo, disfrutaba de la fama de hombre virtuoso, y nadie sospechaba de sus creencias políticas. He aquí el motivo porque tenia un gran partido. Además, los diputados de la asamblea estaban convencidos de que les era imposible abatir á Mirabeau, al paso que en Barnave, conocían al hombre poco cursado en política y fácil de ser engañado ó seducido. Pero el conde de Mirabeau, que le odiaba, no lo temía, y siempre que le hablaban de Barnave, acompañaba sus contestaciones con una sonrisa sarcástica ó con palabras de desprecio. Cuando falleció Mirabeau, Barnave adquirió mas prosélitos aún, pero no pudo nunca ocupar el primer puesto en la asamblea, como aquel célebre orador y profundo político.

[Nota del traductor.]

mo, su elocuencia elegante y fácil, su oposición constante, su espíritu enérgico, su fogosa imaginación, su serenidad después de una gran borrasca, su reputación inmaculada, fueron para él auxiliares tan poderosos, que lo pusieron al nivel de Mirabeau. No obstante, era un talento de poca capacidad, enervado en su elocuencia, de corazón recto, pero de voluntad vacilante, y como todas las medianías, pretendía rivalizar con grandes hombres traspasando los límites de la razón. Por buscar popularidad se escedió hasta el punto de espesar palabras y ejecutar actos opuestos á sus sentimientos y á la causa en cuyo favor combatía; y con Lameth y Dupont formó un triunvirato interesante por su juventud, y en breve influyente por su acción y que tendía directamente, ignorándolo ellos mismos á derribar la monarquía.

Alentado por el voto popular, quiso asegurárselo exagerando sus ideas y apoyándose en los clubs, organizados en toda Francia por su amigo Dupont. Con este motivo hizo decretar la estabilidad de las municipalidades, la organización de la guardia nacional, la declaración de los derechos del hombre, la jurisdicción extraordinaria para los delitos políticos, la desamortización eclesiástica, la igualdad de derechos civiles entre los protestantes, judíos y católicos, y además (y este fué el último golpe que se descargó contra la monarquía), logró que los decretos de la asamblea tuviesen fuerza de ley sin la sanción real, y que en el juramento civil no se exigiera fidelidad al rey, alegando como pretexto, que el rey formaba parte integrante de la constitución.

Viendo Mirabeau, que este joven le había precedido en reputación, empezó á odiarle, y decía: "Los retóricos hablan por las veinticuatro horas en que viven; los hombres de Estado hablan para el porvenir." No conocería el corazón humano quien estrañara que Mirabeau se encolerizase, y alguna vez se desanimase por los ataques de sus opositores, cuando les proporcionaba tantos motivos con su carácter, con su ambición, con sus deudas (1), con su mala reputación, sus vicios públicos y la inusitada pompa en que vivía. Aunque no ha quedado vestigio alguno que lo pruebe, parece cierto que se entendía con el duque de Orleans, á quien la

(1) Habiéndose casado en 1772, todavía en 1789 no había pagado los trajes de boda, y acalló las reclamaciones de la modista prometiéndole que pronto sería ministro [a].

(a) Lo que dice aquí nuestro autor tiene visos de certeza, porque el señor de Monnier, en su vida de Mirabeau, nos asegura que un día el conde de Mirabeau dijo en casa de un comerciante amigo suyo: "por lo que parece llegará á ser ministro, porque el rey me necesita, y el duque de Orleans confía mucho en mi persona."

(Nota del traductor.)

opinión imputaba el atentado del 5 de Octubre, y se asegura que Mirabeau dijo en esta ocasión: "Queremos un rey, y poco importa que sea Luis XVI ó Luis XVII (1)" Pero Orleans, á quien se atribuyeron tantos errores, era quizá demasiado conspirador; acaso prefería al título de rey el de primer ciudadano de una república, por lo que Mirabeau, conociendo que no podía persuadirlo á que diese un paso decisivo, exclamó: "¡Vil! tiene la codicia del delito, pero le falta la energía."

Con efecto, el carácter prodigioso de Mirabeau se hallaba agitado de infinitas ideas y esperanzas: desde el principio procuró constituirse en apoyo de un poder, del cual esperaba disfrutar alguna parte; pero la altivez de los ministros y la debilidad del rey, enconaron con sus desaires al demagogo; después, á impulso de los acontecimientos, zozobraron las ideas; los caballos se habían desbocado y corrían ya de manera que no había fuerza humana que pudiese detenerlos mientras no hubiesen destruido todo lo que existía.

Mirabeau no ignoraba que era hombre necesario, y por el egoísmo y por el interés de Francia quería tener la cartera ministerial. Habíase pensado en elegir un ministerio hábil y fuerte de entre las personas ilustres que en la asamblea se habían adherido al partido popular; pero los monárquicos, á quienes más que á nadie habría favorecido esta medida, de consuno con los republicanos, hicieron que se aprobase una proposición para que ninguno de los individuos de la asamblea aceptase el ministerio. Este fué un dardo lanzado al corazón de Mirabeau, quien se vió entonces rechazado por el poder, espuesto a la desconfianza de sus amigos, y sin medios para ser útil al rey, habiendo perdido todo el trabajo y esfuerzos empleados en mantener como prerogativas del trono constitucional el derecho de conferir los altos empleos judiciales y administrativos, el de perdonar y el de declarar la guerra.

Si Mirabeau se hubiese unido á los monárquicos, que eran los discretos de la asam-

(1) Orleans, para coronarse rey, habría tenido que hacer morir á cinco ó seis príncipes. Un autógráfo que dejó para justificarse con sus hijos y amigos, empieza en estos términos: "Los demócratas exagerados pensaron que yo quería instituir en Francia una república; los ambiciosos creyeron que á fuerza de popularidad pretendía obligar al rey á poner en mis manos la administración del reino; los patriotas virtuosos vieron en mí un hombre que sacrificaba cuanto tenía á la causa pública. Los unos me hicieron peor, y los otros mejor de lo que era. No he hecho más que seguir mis naturales impulsos que me inducían á declararme antes que todo partidario de la libertad. Creí ver su imagen en los parlamentos que tenían de ella el aspecto y la forma, y abracé aquel fantasma de representación, &c."

blea nacional, habría podido tal vez salvar la monarquía; pero las manchas que afeaban su reputación, y la envidia que lo dominaba, alejaban de su persona á los hombres no corrompidos. Si oía ensalzar la probidad y el desprendimiento de Lafayette, se indignaba de este elogio como si fuese para él una censura; le daba el apodo de mayordomo de palacio, y añadía: "Tendrá que habérselas conmigo si quiere ser algo más que un gran ciudadano, y por eso me tiende tantos lazos." De Necker decía: "No ha sido más que un mediano hacendista, sin los elementos naturales ni los talentos adquiridos de hombre de Estado; sería capaz de arruinar diez imperios antes que comprometer su amor propio." Habiendo accedido á la propuesta que le hicieron de tener una conferencia con este mismo ministro, no encontró en él sino dureza y altivez, por lo cual pensó solamente en derribarlo y reemplazarlo. No obstante, no sacrificó á esta idea las consideraciones de patriotismo, al contrario, sostuvo todas las buenas medidas que Necker [1] presentó, y propuso que se le diese un voto de entera confianza con tal que luego respondiese del uso que hubiera hecho de él. Después que aquel grave yerro de la asamblea lo imposibilitó para gobernar ostensiblemente, dió sus consejos reservados al rey.

No tenía otro medio de salvar la monarquía, que el de unirse con Lafayette y Bouillé, jefe el uno de la guardia nacional, y el otro del ejército; pero Bouillé arrebatado aristócrata, aborrecía al desertor de su raza, y Lafayette, leal é íntegro, además de que le repugnaba asociarse con aquel hombre corrompido, no sabía acomodarse á las bajas intrigas á que la corte no se desdenaba de acudir. En las conferencias que tuvo con él á este propósito, Lafayette quería siempre salvar á la reina, y Mirabeau decía: "Bien, que viva: una reina humillada puede ser buena para algo; degollada, no sirve más que para suministrar argumento á una tragedia." Este repugnante sarcasmo llegó á oídos de María Antonieta, la cual se vió precisada á disimularlo, pero pudo leer en él desde entonces el

(1) Necker era más bien un negociante erudito que un hombre de Estado, como nos da á conocer César Cantú en el curso de esta historia: en efecto, sus amigos le tenían en mucho aprecio por la amenidad de su conversación, por la rectitud de su corazón y por el amor al pueblo de cuyo seno había salido. Nadie ignora que han contribuido mucho á darle fama, madama de Stael, su hija, y madama Necker, su esposa: las obras de la primera son muy conocidas, y por lo tanto nos contentaremos con indicar las de la segunda. Tenemos de madama de Necker una colección en seis tomos de anécdotas, en que están consignadas noticias muy curiosas y peregrinas, tanto relativas á la literatura francesa del siglo pasado, como al carácter de los varones ilustres de aquella época.

(Nota del traductor.)

destino que le estaba reservado. Así, cuando Mirabeau ofreció su apoyo al rey, la reina no podía sufrir á aquel hombre, no queriendo sacrificar sus rencores como había sacrificado sus afectos, pareciéndole escoso de humillación soportar como auxiliar á aquel á quien se había temido como enemigo, y persuadida de que hombres semejantes se imponen como amos cuando parece que se ofrecen como instrumentos. Entonces Mirabeau juró castigar á la que cometía la imprudencia de despreciarle, y volvió á ponerse á la cabeza de los movimientos populares que antes había reprimido. El buen Luis no podía avenirse con un miserable de tal especie, y mucho menos después que lo había visto tan adverso del alto clero; cuanto más que los consejos para ser aceptados necesitan una autoridad, á la cual renuncia el que se los hace pagar. Sin embargo, al fin hubo de resignarse á entrar en conciertos con Mirabeau, el que pidió y recibió dinero (1), y hasta la misma reina no se desdenó ya de solicitar una conferencia muy reservada con el libertino, con el seductor (2). El hacha que cortó aquella joven y hermosa cabeza, no fué suficiente á librar de la malignidad semejante coloquio, de cuyo misterioso objeto nada se traslució sino que él, al separarse, besando la mano de la reina, le dijo: "Señora, se ha salvado la monarquía."

¡Cuánta osadía encierran estas palabras, y qué lección tan grave é importante es esta

[1] Dícese que el rey dió á Mirabeau cincuenta mil francos al mes, y seiscientos mil para pagar sus deudas: otros reducen aquella cantidad á seis mil francos mensuales, y á ochenta y cuatro mil esta última, además de la promesa de uno, y según otros, de dos millones, si sus planes tenían buen resultado.

En la caja de hierro de Luis XVI se encontró el convenio con Mirabeau, escrito de puño y letra del que después fué Luis XVIII.

"Primero. El rey promete al Sr. de Mirabeau una embajada.

"Segundo. El rey señala desde luego al Sr. de Mirabeau cincuenta mil francos al mes, cuya asignación durará por lo menos cuatro meses."

El Sr. de Mirabeau se obliga á auxiliar al rey con sus conocimientos, influjo y elocuencia en todo lo que juzgue conveniente al bien del Estado y al interés del trono, dos cosas que para todo buen ciudadano son inseparables. En caso de que el Sr. de Mirabeau no pudiese ser convencido de la solidez de las razones que le fueren espuestas, se abstendrá de hablar del asunto á que se refieran.

Firmado,
El conde de Mirabeau.

Aprobado,
Luis.

[2] Mirabeau la adulaba en las cartas al rey diciendo: "La reina es la única persona de valor que el rey tiene á su lado..." En otra memoria escribía: "Podría llegar el momento en que poniéndose al frente del pueblo una mujer con un niño, diese á entender lo que ambos pueden conseguir. Pero hechos semejantes que refiere la

para los demagogos, los cuales se creen poderosos por sí propios, y no lo son sino por la corriente a que se abandonan, y que se figuran poder remontar con la misma facilidad! ¡Pero condenaremos también nosotros á Mirabeau como vil y traidor á su causa! ¡Repetiremos con Necker que fué tribuno por cálculo y aristócrata por inclinación! Interiormente aborrecía los privilegios injustos y el despotismo que tanto le habia hecho padecer; pero se afiliaba á la monarquía y era partidario de la constitucion inglesa. Como todos los individuos de la primera asamblea, creyó que podria dominar la revolucion á su arbitrio; pero el egoismo, á pesar de su prevision, le hizo pensar que él solo bastaba para trastornar el órden existente y reemplazarlo con una obra cualquiera de su mano (1).

Y cuando le elevaron á la presidencia del club de los jacobinos, dijo: "Todos los franceses son amigos de la libertad; no falta mas que hacerles á todos enemigos de la licencia." Creyéndose dueño de la opinion pública, pidió la revision de la constitucion y garantías para los intereses monárquicos, inseparables entonces de la libertad. "Yo combatiré, decia, contra toda especie de insurjentes que atacaren los principios de la monarquía, en cualquier sistema, en cualquiera parte de Francia." Procuró, pues, por todos los medios que tuvo en su mano, que el rey aceptase la revolucion haciéndose jefe y moderador de la misma, y se esforzó para impedir que la monarquía provocase la insurreccion tendiendo á un absolutismo que era ya imposible. No habiéndolo conseguido,

historia, son tradiciones domésticas para la reina (a)." Estas palabras no podian menos de influir sobre la reina, la que despues no quiso avisarse mas con Lafayette, mientras el rey conferenció frecuentemente con éste, y nunca tuvo valor para conferenciar con Mirabeau.

[1] Esta gran sentencia de Fenelon: "El que no teme la muerte, es dueño de la vida de los demas," la vemos realizada en el conde de Mirabeau. Si sostuvo su mucha preponderancia en la asamblea, no fué tan solo con su elocuencia, sino también con su osadía en arrostrar los peligros. En una acalorada discusion, en que todos se habian declarado sus contrarios, Mirabeau subió á la tribuna, y dijo: "Sé muy bien que media breve distancia entre el Capitolio y la roca Tarpeya, pero bajaré de esta tribuna victorioso ó hecho cadáver." Cuando oia hablar de la muerte, decia: "Es la mas bella invencion de la naturaleza."

[Nota del traductor.]

[a] Por lo que parece, Mirabeau alude en este pasaje á Maria Teresa, emperatriz de Austria, y madre de Maria Antonieta, que habiendo quedado viuda con José II, todavía niño, tuvo bastante valor para sostenerse, poniéndose al frente de sus súbditos.

[Nota del traductor.]

y viéndola perder terreno todos los dias, llegó hasta á asustarse de su propia obra, y decia: "Hemos tomado la guadaña del tiempo, pero no su reloj;" y añadia: "Sentiría sobremanera haber trabajado tanto para no obtener mas resultado que una vasta destruccion."

Merced á su influencia se declaró el rey amigo de la nueva constitucion, manifestando que las instituciones en ella consignadas eran las mismas que él habia deseado y pretendido establecer, y que prepararia el corazon de su hijo para el nuevo órden de cosas. Aquel dia fué Luis nuevamente aplaudido; pero otra cosa quedaba en su corazon, y luego que hubo jurado la constitucion y regresado á su palacio, se dejó caer llorando en una silla, y diciendo á Maria Antonieta, que no estaba menos desconsolada: "Todo se ha perdido: ¡ah señora! ¡y habeis sido testigo de tanta humillacion! ¡y estabais destinada á venir á Francia para ver..."

El 14 de Julio de 1790, aniversario de la toma de la Bastilla, se celebró el festejo de la federacion con la alegría y el buen gusto franceses. La guardia nacional y los diputados de toda Francia se reunieron en el improvisado campo de Marte, y algunos estranjeros, á nombre del género humano, solicitaron el permiso de tomar parte en aquel fastuoso acto "para poder comunicar despues á sus compatriotas el júbilo de la libertad." Vióse allí la imagen de Cristo sobre el altar de la patria; á Luis jurando con la nacion, y la nacion aplaudiendo hasta á Maria Antonieta, la cual conmovida enseñaba al público el delfin. Semejante entusiasmo de concordia se difundió en toda Francia, gritándose en todas partes: *viva la patria, viva el rey*; pero al dia siguiente debian volver los recelos, los rencores y muy luego la carnicería.

No sabiendo la corte acomodar sus pasos á la nueva senda por la cual transitaba, dejaba traslucir su odio contra los liberales, ó daba oídos á las esperanzas trastornadoras del clero y de la nobleza; ésta, de consuno con los estranjeros, aquel esperando escitar el sentimiento religioso en los coetáneos de Voltaire (1), todos creyendo en el poder de

[1] Nuestro autor ha hablado repetidas veces de Voltaire, de sus obras y de su carácter caástico é intolerante; fueron muchos los que le atacaron con las armas de una crítica juiciosa, que dieron á conocer que su genio no iba siempre acompañado de los conceimientos necesarios tanto literarios como científicos, y que en sus obras se encontraban contradicciones muy palmarias. Entre el crecido número de libros, que se dieron á luz por sus contemporáneos contra este filósofo, merece particular mención uno intitulado: *Vida polémica de Voltaire*. Su autor, que quiso conservar el anónimo, hace un análisis critico de todas las obras de Voltaire; pone de manifiesto todas las refutaciones que se publicaron contra este filósofo, y sus varios escritos; da una idea bastante cabal del método de su vida privada, y

la intriga mas que en el de la opinion. Indiscreta oposicion que emponzoñaba las pasiones, y alejaba á aquellos que sinceramente habrian querido prestar su apoyo al monarca.

Trasladóse la asamblea á Paris, y celebraba sus sesiones en un estenso y desmantelado salon destinado para ventilar los asuntos públicos, inmediato á las Tullerías. Entre

algunas noticias acerca del castillo de Farnay, concluyendo su obra con un chiste que tiene algo de original, y que vamos á trascribir: "Voltaire, á pesar de que no era un ateo, nadie puede negar que fué un escéptico maligno y un espíritu anti-religioso; pero en su castillo de Farnay fabricó una iglesia para que sus vasallos pudieran oír misa y rezar, y lo que es mas aún, quiso inaugurarla el primer domingo, convirtiéndose él mismo en predicador. Nuestro filósofo, pues, hizo un sermón atestado de sentimientos religiosos, que demostraban que es un pecado muy feo el robo, y habló largo rato sobre el particular; por lo que podemos asegurar á nuestros lectores que Voltaire ha lo rudo su salvacion eterna, despues de haber dado una prueba tan brillante de su catolicismo."

Pero á pesar de lo que llevamos espuesto, Voltaire, idolatrado por la secta de los filósofos, fué declarado su jefe, y en la revolucion de 1789 se invocaba todavía su sombra, como la de un hombre que habia dado un gran impulso al progreso de la humanidad.

Entre sus contemporáneos, las obras de Voltaire exaltaron los ánimos hasta el punto de que muchos, que las habian criticado antes de conocer al autor, las ensalzaron sobremanera así que supieron que las habia escrito Voltaire. En prueba de ello diremos lo que sigue. Cuando Federico II de Prusia leyó *La Doncella de Orleans*, que se publicó sin nombre de autor, dijo estas palabras: "Es una obra detestable;" pero luego que averiguó haberla escrito Voltaire, volvió á leerla, y no tan solo se retractó, sino que añadió: "Un poema semejante no podia salir de la pluma de un genio como el de Voltaire."

El que quiera tener una noticia estensa y analítica, cuanto de las principales obras de este filósofo, como de todo lo que publicaron á la sazón sus sectarios y los demas filósofos del siglo pasado y del anterior, atacando impiamente los dogmas mas augustos de nuestra religion, y echando las semillas de la insubordinacion política y del mas repugnante escepticismo, podrán leer la obra siguiente, cuyo titulo vamos á trascribir.

Dictionnaire Anti-philosophique pour servir de commentaire et de correctif au Dictionnaire philosophique, et autres livres qui ont paru de nos jours contre le christianisme. — Ouvrage dans lequel on donne en abrégé les preuves de la religion, et la réponse aux objections de ses adversaires; avec la notice des principaux auteurs qui l'ont attaqué, et l'apologie des grands hommes qui l'ont défendue. — Nouvelle édition considérablement augmentée. — A Avignon, 1769.

Queremos, no obstante advertir á nuestros lectores, que la obra en cuestion, aunque es muy

los asientos de los diputados del pueblo y los de la nobleza se levantaban los del presidente y secretarios, y los primeros subian en forma de anfiteatro hasta la parte elevada, que se llamaba la montaña, ocupada por los exaltados.

Los mas distinguidos oradores del lado derecho eran el abate Maury y Cazalés. El primero habia adquirido reputacion con el panegírico de San Vicente, y aunque acusado de inmoral, queria ascender á grande altura, siendo muy franco en hablar lo mismo que en ejecutar, fecundo en recuerdos históricos, pronto para réplicas picantes, lozano mas que persuasivo, enfático mas que elocuente. Cazalés que habia estudiado mucho á Montesquieu, brillaba con súbitos resplandores en la tribuna, donde pareció sabio y prudente, á pesar de su fama de hombre torpe.

Talleyrand, entonces obispo de Autun, de noble alcurnia, que casualmente se habia quedado cojo, y que en vez de tomar las armas habia tenido que vestir el habito clerical, apoyaba sus censuras mas con sutilezas volterianas que con discursos animosos, queriendo agradar á los que dominaban, y dirigiéndose segun las circunstancias del momento.

Este y algunos otros personajes principales, al verse apurados, entraban en liza é improvisaban sus discursos entre silbidos, aplausos, interrupciones, desafíos y aullidos de espectadores mercenarios ó del vulgo atronador de fuera de la sala, al atravesar la cual, cada orador recibia, ó una ovacion ó una granizada de improperios: estraña confusion, en medio de la cual aparecian rasgos llenos de chiste, de generosidad, de cortesía y de valiente imparcialidad.

Cuando se reunió la asamblea. la raza de los conquistadores, presunta poseedora del derecho, acudia á entrar en pactos con la raza conquistada, la que pretendia que los antepasados de aquella le habian concedido ciertos privilegios que entonces queria afianzar y aumentar. Pero al encontrarse reunidos todos, los subyugados comprendieron lo que valian, vieron que la lucha en que iban a entrar era engañosa y restricta, y en vez de sacar de la historia el ejemplo de alguna concesion parcial, se remontaron al tiempo de la conquista, y dijeron á la raza dominadora, á los clérigos, á los aristócratas, al monarca: "Vuestros abuelos nos vendieron, muy bien; nos oprimieron, nos esclavizaron, estaban en su derecho; ahora so-

apreciable por la parte literaria y científica, tiene muchas exageraciones en la descripcion que hace de la vida privada de los varones cuyas obras analiza. Con este motivo algunos han sostenido que es una obra llena de falsedades y calumnias, pero nosotros, que la hemos leído detenidamente no podemos menos de recomendarla en los términos espresados.

[Nota del traductor.]